

Carmelo Marcén Albero

Ecorrelatos inacabados

SIN FECHA DE CADUCIDAD

editorial



cuarto
centenario

PRÓLOGO

La ironía es el humor de la inteligencia

A menudo quienes expresan las preocupaciones por una biosfera agonizante víctima de la crisis ambiental son considerados pesimistas, cenizos y catastrofistas. En parte, no les falta razón a quienes así los ven, porque como me dijo al acabar mi conferencia uno de los responsables de la Fundación Ortega Marañón que me había encomendado hablar de crisis climática, inteligencia humana, colectiva y artificial: “Cristina, voy a dejar de invitarte. Nunca cuentas buenas noticias”. La realidad es tozuda, en efecto, aunque quizá no se trate tan solo de esto. Hay también mucho de incapacidad para hacer ver las cosas de otra manera, para expresar la crisis ambiental como síntoma de uno de los fallos de un modelo cuyas contradicciones estallan por doquier hasta el punto de resultarnos excesivas para ni siquiera asimilarlas sin que eso derive en parálisis o en ese fenómeno de moda que llamamos eco-ansiedad.

Se trata de expresar que esto no va de que hace más calor, o de que hay especies que jamás volverán a existir, o de que los patrones de las corrientes marinas se están modificando, sino que lo que está en juego es la misma posibilidad de la vida.

Conseguir hacer comprensible que lo que trasladan todos estos síntomas y otros más es que la biosfera está cambiando de forma radical llegando a comprometer que la vida siga siendo posible en el planeta. ¿Cómo contar esto teniendo como telón de fondo el conocimiento científico que nos guía y que nos dice que caminamos por terreno desconocido?

Para hablar de la crisis climática hemos de desterrar la imagen del oso polar en una minúscula placa de hielo, los paisajes de aguas cristalinas, montañas imponentes o bosques tropicales cargados de exotismo. No, esas imágenes remiten a una idea del medio ambiente como algo situado fuera de nosotros, al margen de nuestros cuerpos, y nada más lejos de la realidad. La consecuencia de la crisis climática es que los seres vivos, incluidos los humanos, tendremos más difícil la vida en el planeta. Unos más que otros, por supuesto. Para muchos, será directamente imposible, migrarán como lo están haciendo ya y pondrán a prueba la capacidad del primer mundo de gestionar cambios sociales de calado profundo en sociedades cada vez más tensionadas. ¿Aguantarán este test de estrés las democracias de la vieja Europa?

Nos enfrentamos a cambios que afectan a todos los aspectos de nuestras vidas, incluso los más cotidianos y aparentemente más ajenos a la biosfera, y cuya transformación permeará también a todos los rincones. La transición ecológica se meterá en nuestras camas lo queramos o no, y así entenderemos que ni era imposible, ni –si se hace bien– suponía ningún sacrificio ni vivir necesariamente peor. ¿Cómo difundir este mensaje desde el rigor, sin restar un ápice de gravedad a la situación, y trasladando una esperanza movilizadora?

Llevamos años investigando y probando formas de educar y de comunicar, y aunque tanto el autor de estos Ecorrelatos como

quien esto escribe y otros compañeros y compañeras no dejamos de probar y testar, de corregir y evaluar, aún no hemos dado con la fórmula adecuada. Este trabajo de Carmelo Marcén es un paso importante en esa búsqueda de una forma de contar que explique la urgencia sin alarmar, que traslade la dimensión del desafío sin abrumar, que desnude las contradicciones sin caer en el cinismo.

Lo último que necesita hoy la crisis climática es el pánico, la parálisis o el descreimiento. Más bien al contrario. Corren tiempos de poner el foco en las alternativas, que existen; de explicar que el futuro no está escrito y que lo estamos trazando cada día; de llamar a la acción consciente y a la toma de decisiones responsables. Lejos de buenismos y de visiones simplistas, es clave desenmascarar la lucha de poder que se esconde tras cada iniciativa que busca incrementar la ambición climática. Países productores de petróleo, compañías que se resisten a reconocer la evidencia, e inversores confortables en el “business as usual” están intentando retrasar o ralentizar un cambio que a todas luces es imprescindible y urgente. Se equivocan. La mejor manera de adivinar y por tanto liderar el futuro es crearlo, y quienes hoy procrastinan, mañana se verá relegados al furgón de cola.

Cuando escribo estas líneas en la COP28 se está debatiendo una declaración que recoja, por vez primera, la eliminación progresiva de los combustibles fósiles, algo imprescindible para acabar con los gases de efecto invernadero. Se desconoce qué ocurrirá al final, y probablemente el resultado será menos ambicioso de lo deseable, pero el hecho de que se esté debatiendo por parte de los casi 200 países representados dice mucho de la magnitud de este cambio que llega lento y tarde –como todas las cosas importantes que consiguen cambios profundos–, pero llega. Como suele decirse, hay que dejar el pesimismo para los buenos tiempos.

A este camino, a esta forma distinta de contar lo que nos está pasando y lo que podemos construir y destruir, contribuye Carmelo Marcén, el doctor en geografía, el docente de secundaria en Zaragoza, el consejero de Ecodes... pero por encima de todo, el lector y pensador incansable, ecléctico en su formación e intereses, que aprendió con sus estudiantes que la responsabilidad de hacerse entender es de quien habla, no de quien escucha.

Provocador, irónico, cargado de datos y referencias robados de la literatura, la historia o las ciencias sociales, estos Ecorrelatos son una propuesta fresca, divertida, descarada y sin complejos. Con la libertad que da el humor para decir sin herir, para subrayar la gravedad sin paralizar, para descubrir las contradicciones sin caer en el fanatismo. En definitiva, con la ironía, que no es otra cosa que el humor de la inteligencia.

Si lo disfrutan la mitad que yo, pasarán momentos de auténtico regocijo. —

Cristina Monge

JUSTIFICACIÓN (algo incompleta pero con bastante compromiso)

*Mucho de lo que cuento
es pura mentira.
Ahora, que esas mentiras
puedan tener una cantidad de verdad dentro,
es otra cosa.*

Rosa Montero

Lo cuento casi todo

Estimados lectores y lectoras. No sé por dónde empezar. En primer lugar me pregunto si un libro de relatos debe llevar prólogo. Creo que este sí, porque son ecorrelatos y ronda por todos ellos un matiz que deseo explicar.

El libro que ahora reposa en sus manos quiere ofrecerle la posibilidad de mirar el mundo. En realidad, una parte, porque el mundo es muy grande, y sus circunstancias todavía más. Puede leer lo que va detrás con un interés informativo. También de una forma crítica, hacia sí mismo o los demás. Sea como fuere, la pretensión de este que escribe es que el pensamiento y la acción se vean comprometidos.

Dirán que ya se han escrito muchos con esa intención. Vale, pero aquí nos fijamos en pequeños detalles. Como nos gusta lo "vintage", y además está de moda rescatar lo antiguo, aquí hablaremos preferentemente de medias verdades y tradiciones, mitos y ritos. Sobre estos últimos hay mucho que decir en el

siglo XXI. Queremos presentar unas imágenes incorporales, de esas que nos acunan, alumbran u obnubilan. También -osadía no nos falta- rescataremos costumbres viejas. Estas quieren ser historias nuevas, cercanas a la socioecología de todos los días. El relator ha pretendido bajar –como recomendaba H. Murakami– a las profundidades de la conciencia; al menos hasta el segundo sótano.

Nos ha podido lo afectivo, aunque seamos de ciencias. En realidad no sabemos si al final hemos escrito relatos o historias contadas, o invenciones sin fundamento, o tal vez estamos creando leyendas... ¡Qué es si no la vida! Pero, sobre todo, lo que viene detrás son ecorrelatos inacabados para pensar otro final; se podrían escribir muchos. Pensar o no pensar en ecología global es una experiencia inagotable, con una crisis climática tan grave, he ahí la cuestión. ¡Y qué decir de la pérdida de la biodiversidad! He querido que estuviera presente con especial protagonismo. Son incompletos porque el relato se ha interrumpido en un determinado momento. Por cierto, para escribir esto he mirado en mí mismo, en la gente que me rodea. He viajado por algunas situaciones críticas del mundo; sin resolver, inacabadas, pero por eso mismo pendientes. Es más, sin fecha de caducidad.

No me importa confesar mis debilidades. Como todos los seres humanos atravieso un mundo a tientas. Afortunadamente, cada cierto tiempo experimento arrebatos de certidumbre; aunque levitantes, como las espumas del detergente que desaparecen enseguida. Por eso me pregunto a menudo si no deberíamos indultar parte del presente para esperar el futuro. Ambas posibilidades se entremezclan en los ecorrelatos inacabados.

Cuando abordo el tema de la caducidad, recuerdo aquel poema de Wislawa Szymborska* "Las tres palabras más extrañas":

Cuando pronuncio la palabra Futuro,
la primera sílaba pertenece ya al pasado.

Cuando pronuncio la palabra Silencio,
lo destruyo.

Cuando pronuncio la palabra Nada,
creo algo que no cabe en ninguna no-existencia.

Futuro, silencio y nada forman una trilogía de búsqueda. Nada es siempre algo que el silencio quiere ocultar pero no por eso deja de servir para animar el futuro. Me viene a la mente una imagen tétrica que parece que representa con intensidad el desastre ecosocial –por acción u omisión- de la guerra de Gaza.

Se incluye al final una foto de familia de personajes que me han inspirado: en ella aparecen mujeres y hombres, animales o cosas. Cada cual tiene una parte en la modelación de mi experiencia creativa. En el texto van señalados con asterisco, por si alguien no los conoce. Rogamos a quienes se hayan adentrado en estos ecorrelatos que no se la pierdan; es como una galería de interlocutores ilustres que nos abren la interpretación del complejo mundo en que vivimos.

Recordamos aquello que decía sir Francis Bacon de que "Quien no quiere pensar es un fanático; quien no puede pensar, es un idiota; quien no osa pensar es un cobarde". En el asunto de las crisis ambientales la cita encaja a la perfección. Por consiguiente: a pensar, aunque sea un poco en clave de humor.

Para ser coherente hay que inventar ironías, lo sé. Por eso de mantener alerta a la gente y mirar las posibles ecoansiedades

de otra manera, más relajada. Estos escritos van de ecología de la vida cotidiana, que se mantiene con algo de ciencia sencilla y aplicada, expuesta amistosamente, sin grandes alardes y con mucho compromiso. Ambas visiones se presentan envueltas en una inocente ironía. Además ¡nos gusta tanto la literatura y la microhistoria!, por eso buceamos en ellas.

Somos admiradores de Michel de Certeau*: “Los lectores son viajeros, circulan sobre tierras ajenas, son nómadas que cazan furtivamente en campos que no han escrito”. Por eso hemos tratado de cuidar a los potenciales lectores de este libro. Quizá la estructura formal de los textos les despiste por no ajustarse a la norma; por ello pedimos disculpas a los entendidos en literatura. Pero claro, uno quería observar el asunto ecosocial con ironía, adornada de esperpentos; sin duda no tan sublimada como aquella que en su tiempo teatralizó Valle-Inclán*. Pero sí parece que está presente en asuntos tan estrambóticos como que los hermanos Marx tomen el Ministerio de Medio Ambiente o la adoración mundial al pulpo Paul.

El relator de estas historias no siguió ningún mapa, pero sí dispuso de una máxima que le sirvió de guía en la tarea. Una frase vigilante, adaptación del prólogo de un libro extraordinario, lleno de historias contadas que conviven con mitos y leyendas. La leía a menudo, para intentar que las ficciones fueran hermosas, pero también con un poco de carga reivindicativa. Quizá han imaginado ya que se trataba de *El Quijote*, esa obra universal en cuyo prólogo se viene a decir (interpretación subjetiva) algo así:

Esfuézate para que lo aquí escrito,
como buen hijo del entendimiento,
sea hermoso a la vez que discreto,
pero sagaz para el lector despierto.

De una u otra forma, las reflexiones de don Alonso Quijano y de Sancho nos han inspirado este atrevimiento. En esa buena intención, algo quijotesca si se quiere, se han redactado estos ejemplos; con más o menos acierto, eso está por ver.

Y es que la vida actual exige una lectura crítica. Como advierte Y.N. Harari en *Sapiens. De hombres a dioses*, “nuestro planeta, antaño verde y azul, se está convirtiendo en un centro comercial de hormigón y plástico”. Pocos negarán que se deshilacha por los cuatro costados, máxime en este 2023 en el que nos agobian crisis climáticas y políticas, guerras y hambrunas. Todo lo aquí escrito se mueve entre la realidad y algo -o bastante- de ficción. Estos relatos e historietas son una manera de ver la historia social, por eso le hemos dado algo de ironía, para restarle dureza.

En cuanto al autor, el que esto escribe hubiera querido ser un buen relator de cuentos, como Alice Munro*, M. Benedetti, Anton Chejov*, y en especial Italo Calvino*. De quien me he permitido la osadía de copiar su final de *Las ciudades invisibles* para rematar la presente justificación. Ocupado en redactar actividades prácticas de ciencias y medioambiente, empecé a imaginar cuentos tarde y mal. Por eso, quizá me queda mejor la acepción de cuentista, referida a aquel que cuenta mentiras, chismes, medias verdades, aquel que exagera la realidad al contar una historia, verídica o no; o simplemente relata lo que ve o imagina. Es un simple relator como aquellos que en la Edad Media copiaban las hazañas de los reyes; o aquel otro de las *Cartas Marruecas* de don José Cadalso. Eso sí, sabe escuchar a personas que le abren otros escenarios, como lo que hace Vandana Shiva* sobre la importancia del ecofeminismo en la actualidad.

El mundo imaginado que se ha intentado crear no es sin duda secundario, ni imposible. Se invita a los lectores y lectoras a sumergirse en él. A entrar dentro de lo deseable para completar percepciones personales o, quién sabe, para mejorar posturas ecosociales. A resolver con atención aquel enigma –los paréntesis son nuestros y la gran ilusión final- del que nos hablaba Italo Calvino:

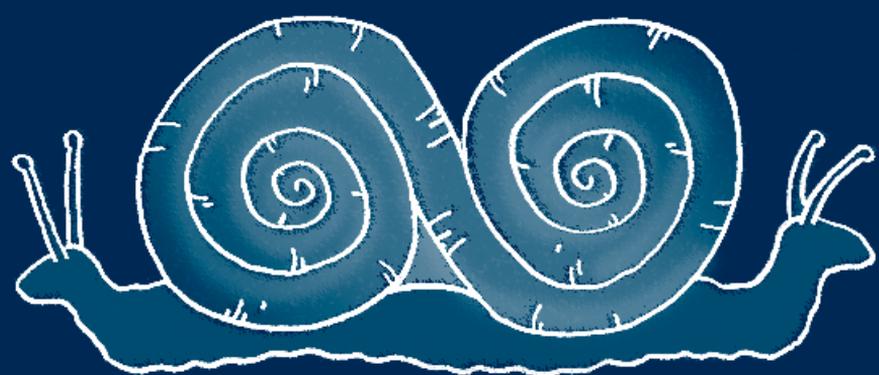
El infierno (paraíso) de los vivos no es algo que será; si hay uno, es aquel que ya está aquí, el infierno (paraíso) que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno (paraíso) y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué nos sirve, en medio del infierno, para suponer que puede ser paraíso, para hacerlo durar, y darle espacio.

Recordamos el pasado con metáforas y alegorías para entender el presente que ya es futuro. Porque, ¿qué es la medida del tiempo sino una invención humana? Cada vez gusta más, en este extraño siglo XXI, celebrar el día de, la semana de, el año de. El relator se ha sumado a esa corriente y ha agrupado los 28 textos en semanas. La primera está dedicada a revisar los “Recuerdos biodiversos de lo que pudo no acontecer”. Otra sostiene que “Dentro del medio ambiente siempre hay una lírica emotiva”. La tercera recoge “Ecos sarcásticos de la gran socialización”. Finalmente la cuarta invita a preparar “Escraches somardas para una civilización despistada” -la nuestra, por si alguien lo dudaba-.

Este librito se puede leer de un tirón, pero es más aconsejable leer un relato y dejar un intermedio. Así se facilita el

pensamiento más sencillo. Además sirve también para criticar lo que habrá querido decir el autor y cuentista, incluso para comentarlo con alguien.

¡Vaya justificación tan larga! Alguien ya habrá pasado directamente a los relatos. A quienes no, les aseguramos que era necesario invitarles a un juego, ese que consiste en encontrar un relato que les remueva el interés socioambiental. Así alguien se pondrá en marcha con los compromisos. Los hay en cada persona, no lo duden. —



RECUERDOS BIODIVERSOS DE LO QUE PUDO NO ACONTECER

*“El crepúsculo de la desaparición lo baña todo
con la magia de la nostalgia”*

Milan Kundera

*“Recordar es fácil para el que tiene memoria.
Olvidarse es difícil para quien tiene corazón”*

Gabriel García Márquez

1

El ocaso del caracol hermafrodita

“To be or not to be. That is the question”

Shakespeare* en “Hamlet”

Vivimos por todo el mundo, tanto en el mar como en la tierra. Mi familia en concreto pastaba con tranquilidad en los extensos campos de la Celtiberia, que eran algo así como nuestro paraíso terrenal. Nos apareábamos con placer. Tanto cuando ejercíamos de machos dispuestos a lanzar nuestros espermatozoides como cuando éramos hembras receptivas a la fecundación, que por eso nos llaman hermafroditas incompletos. ¿Lo sería el hijo de Afrodita y Hermes? La mitología griega así lo presenta. Volviendo a la realidad, digamos que nuestra vida transcurría con los sobresaltos propios de los peligros externos, la sequedad ambiental y los malditos depredadores; también había disputas familiares por el territorio. Vamos, lo normal.

Pero algo extraño estaba sucediendo. En mi periodo hembra (Frodita) me notaba menos receptiva que de costumbre, muy desdeñosa de la proximidad de mis semejantes en fase macho. Barruntaba que estaba sufriendo una transformación total (menos en las antenas). Me quedé parada, respirando lento con mis pulmones, a ver si entraba en fase macho (Herma). Parecía que

sí. Me acerqué a un grupo de congéneres; mis tentáculos me indicaban que varios estaban en fase hembra. Debía intentarlo, más que nada por costumbre copulatoria, y también para que la especie no desapareciera de la faz de la Tierra. Pero notaba que me faltaban flujos. Hasta la rádula se me quedaba pastosa, y ¡qué decir del pie! Me palpé y noté que la daga se me había empequeñecido. Había perdido todo el apetito sexual. Una tragedia rondaba por mi cerebro: ¿habría dejado de ser hermafrodita definitivamente?

NOTA DEL EDITOR: Se dice que todo sucedió tras la llegada al poder de Europia de ciertos partidos que consideraban que ser hermafrodita era una desviación sexual, muy peligrosa para el género humano. Esto se dice en “Mitos y leyendas, verdades y mentiras. Cambios zoológicos en la moderna Celtiberia”. Encontré el libro en la Biblioteca Nacional, escondido en la estantería de los cómics manga. Explicaba que se había producido un cambio espectacular en casi toda Celtiberia: los caracoles habían dejado de ser hermafroditas.

Era “*vox populi*” por toda Europia que se quería legislar una censura biológica. Se contaba que las nuevas autoridades se habían aliado con la multinacional anglofrancoamericana “Montesano”*, que estaba empeñada en fabricar semillas de maíz que produjesen plantas con panochas muy grandes. Los campesinos observaron grandes caracoles en los maizales. No desaprovecharon la oportunidad y se los comieron a la plancha con alioli. En unos meses, aparecieron los primeros desequilibrios hormonales. Científicos de todo el mundo viajaron a los maizales para recoger muestras y entrevistar a los campesinos. La Universidad Autónoma de la Celtiberia interior subvencionó seis becas de investigación posdoctoral para estudiar el fenómeno; las conclusiones serían secretas. En un avance de sus averiguaciones aconsejaron recoger los hermafroditas, más pequeños, y modificarlos genéticamente para convertirlos en unisexuales.

Se filtró –otra vez los de Wisquileaks en acción– que la modificación genética de los maizales era provocada y tenía repercusiones

hormonales en los consumidores: los hacía más seguros de su sexo. Como lo leí lo cuento, aunque vete a saber lo que hay de cierto en los informes de esta compañía. Al parecer lo habían extraído a su vez de un informe pirateado de la multinacional Montesano* (sus productos eran infalibles en cargarse todo bicho malo del campo, fuese animal, vegetal, hongo o bacteria) titulado “Mitos y leyendas de la Celtiberia transgénica. ¿Cómo hacer virtuosa la Madre Patria Celtibérica Moderna a partir de los caracoles tuneados? Avance 2030”. Se había sabido también que varios grupos ultrarreligiosos celtibéricos querían acabar con la aberración evolutiva, presente también en humanos, que suponía la bisexualidad. Las lombrices, otra(o)s hermafroditas incompleta(o)s, ya estaban temblando. La multinacional biocida selectiva fue acusada por “Solidarity and Peace Green” de prácticas biogenocidas ante el “Tribunal de la Baja Nderlandia”. A raíz de eso, la ONG colgó en los periódicos on-line de más tirada mundial (menos los chinos) un anuncio que decía sobre la bandera del arco iris: “The road to perfection does not exist”. Y en español ponía: “Fastidiaos, en la vida no siempre valen vuestras intenciones”, seguido de un emoticono de burla.

